

Forster, Ricardo (agosto 2006). *Filosofía y psicoanálisis : del otro lado del umbral*. En: Encrucijadas, no. 38. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubi.sisbi.uba.ar>>

## Filosofía y Psicoanálisis

### Del otro lado del umbral

*Con Freud, a partir de Freud, la filosofía no puede eludir aquello que, por diversos motivos, solía quedar desplazado, aquello que la confronta con su otro, con sus penumbras y con su indecible. El discurso filosófico tuvo que prestarle atención a aquello que antes de Freud sólo había emergido como una sospecha molesta, como la señal de una irreparabilidad constitutiva que, sin embargo, no había encontrado, en la misma filosofía, su exponente. El psicoanálisis trajo a la superficie aquello que desde siempre hizo resistencia en la búsqueda filosófica de la verdad; evidenció los límites de la razón y señaló su imposible omnipotencia.*

#### por Ricardo Forster

Doctor en Filosofía, profesor e investigador de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Miembro del consejo editor de la revista Pensamiento de los Confines. Director del Programa de Posgrado de Estudios Judíos de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Univ. Nacional de Córdoba.

El psicoanálisis ha sido un trauma para la filosofía. Su presencia, desde los años iniciales de la encrucijada vienesa no dejó de perturbar la marcha de ese saber antiguo; una perturbación radical que llegó a convertirse en una amenaza casi intolerable para un discurso poco predispuesto –salvando algunas excepciones– a que otros indaguen críticamente en esa usina productora de sus proezas especulativas (desviaciones y negaciones, repudio a una teoría que venía a conmovir las certezas desplegadas desde los orígenes griegos y vueltas a definir a partir del cogito cartesiano). Un desplazamiento de la facultad interrogativa desde la exterioridad de una razón autosuficiente hacia las oscuridades cavernosas de una conciencia afligida por sus propias sombras. Puesta en evidencia de un ocultamiento; presencia de una indagación atrevida y algo ecléctica capaz de quebrar sin demasiados miramientos las fronteras disciplinarias (atreimiento imperdonable), esas murallas protectoras de saberes cristalizados que, sin embargo, sufrieron el impacto de algunas preguntas desequilibradoras, preguntas capaces de herir profundamente el corazón narcisista de gran parte de la tradición filosófica.

Con Freud, a partir de Freud, la filosofía no puede eludir aquello que, por diversos motivos, solía quedar desplazado, aquello que la confronta con su otro, con sus penumbras y con su indecible. Sería injusto afirmar que la crisis de certeza del discurso filosófico comienza con Freud (sería posible construir una historia de la filosofía a partir de sus incertidumbres, de sus extravíos, de sus interrogaciones radicales, y también sería sencillo mostrar que desde su nacimiento la duda ocupó un lugar privilegiado –y no sólo cuando fue aceptada como parte del sistema sino también cuando fue duramente rechazada–; podríamos desandar el camino de la tradición filosófica para redescubrir la presencia en su seno de aquellos mundos deudores de un otro de la conciencia); pero con Freud simplemente no se puede volver atrás, le es imposible, a la filosofía, y a sus cultores, negar sus fallas, ocultar sus contradicciones, obviar sus fantasmas.

En una época cargada de pesadas nubes, presagio de vientos huracanados y de tormentas destructivas, el camino iniciado por Freud desde su práctica médica (¡cuánto se parece Freud a los médicos renacentistas como Paracelso y Servet, poseedores de un saber tráfuga de fronteras, cultores de la alquimia, la cábala, las matemáticas, la anatomía, la astrología y la astronomía, la mnemotecnia y dispuestos a encontrar en

viejas tradiciones nuevas inspiraciones!), ese camino, decíamos, confluyó casi con cierta naturalidad en los caminos de la filosofía. Algunas de sus preguntas retomaron el eco de antiguas interrogaciones, otras heredaron la fortaleza de cierto pensador iconoclasta que en la misma lengua de Freud también se atrevió a mirar del otro lado del umbral. Una mirada sagaz dispuesta a recorrer zonas vírgenes (o que quizás sólo podían ser encontradas en la literatura o en ciertos deslices casi siempre repudiados de la misma filosofía), aventurera más allá de la quietud burguesa de su entorno cultural (el Freud crítico de su época, el que se atrevió a nombrar lo innombrable, el hereje de la moral puritana, debería ser hoy reivindicado más que nunca, cuando al propio psicoanálisis le ha llegado el turno del conformismo y el adaptacionismo, cuando su lenguaje incisivo se vuelve pura repetición normativa).

Extraña paradoja la de una mirada amparada en la guía de la razón que acabará por minar las bases de sustentación de esa misma razón. Un punto de partida al que ya no podrá volver; ruptura de las amarras y el surgimiento de un itinerario de no retorno a los confortables territorios de los que se partió. Un mundo destrozado, quiebre de una ratio desnudada en sus más intolerables funciones y deriva de un discurso que buscaba tenazmente aferrarse a esa misma ratio que estaba contribuyendo a desbancar. Una verdadera herida narcisista abierta en el cuerpo del sujeto moderno, la evidencia imposible de ocultar del desmoronamiento irreversible de la lógica de la representación. El discurso filosófico tuvo que prestarle atención a aquello que antes de Freud sólo había emergido como una sospecha molesta, como la señal de una irreparabilidad constitutiva que, sin embargo, no había encontrado, en la misma filosofía, su exponente. El psicoanálisis trajo a la superficie aquello que desde siempre hizo resistencia en la búsqueda filosófica de la verdad; evidenció los límites de la razón y señaló su imposible omnipotencia. Desde esta perspectiva, el psicoanálisis freudiano fue contemporáneo de un verdadero "asalto a la razón" (en la mirada retrospectiva de Georgy Lukács, Freud hubiera ocupado un lugar de honor entre los pensadores alemanes que contribuyeron a minar el suelo de la razón y a alimentar la barbarie irracionalista del nacionalsocialismo); el sentido de la crítica freudiana confluyó con ese malestar en la cultura que atravesó la Europa finisecular y que anticipó la crisis violenta y definitiva de la conciencia decimonónica. Contribuyó, a su pesar, "al descrédito de la razón" (y aquí, siguiendo a Franco Rella, podríamos situar las diferencias con el proyecto de Lacan), su novedad se anticipó al bombardeo sistemático que desde distintas prácticas y teorías abrieron profundas grietas en el edificio de la razón moderna. "Lo hacen pero no lo saben", ¿qué hubiera pensado Freud de esa frase de Marx? ¿En su hacer teórico innovador acaso estaba conscientemente implicada esa negación de la ratio entendida a partir de la tradición positivista del siglo XIX? ¿Qué hubiera dicho de ese "descrédito de la razón" reivindicado por uno de sus lectores más atentos y originales? Quizás hubiera esbozado una sonrisa entre irónica y resignada por haber contribuido a minar el mundo de su juventud, por esa insistencia en formular preguntas inquietantes pero imposibles de sortear una vez iniciada la marcha de una especulación radical.

Resulta paradójico que el psicoanálisis, nacido en el tiempo crepuscular de la razón científicista, haya contribuido a la crisis de los valores ilustrados. Pero también es sintomático de la ética freudiana que no se haya detenido ante la evidencia desestructuradora de sus indagaciones teóricas, que haya continuado y profundizado una senda que lo alejaba de sus ideales juveniles y de aquel mundo sostenido por la cosmovisión racionalista-ilustrada-positivista. Esa radicalidad analítica es quizás la que hoy está ausente, esa hermenéutica irreductible que condujo a Freud hacia los umbrales de lo prohibido y que le exigió superar sus propios supuestos y prejuicios en función de una verdad inocultable. El psicoanálisis ha ido perdiendo esa radicalidad de los orígenes

que impactó hondamente en la reflexión filosófica de nuestra época. Se cruzan las vías de la filosofía y el psicoanálisis allí donde el desconcierto contemporáneo trivializa esos ya antiguos fulgores de la crítica, donde los lenguajes de una y otro quedan reducidos a pequeños enclaves académico-eclesiásticos incapaces de volverse sobre el mundo, absortos exclusivamente en sus pequeñas rencillas y paralizados frente al advenimiento todopoderoso del relativismo postmoderno.

"Si el discurso teórico –escribe Franco Rella– se ha estructurado a partir de la exigencia de poner orden, de dominar, el campo de las actividades cognitivas y extracognitivas –la complejidad del espacio histórico–, las necesidades, que se producen y surgen de este espacio, penetran el lenguaje teórico y crítico: lo vuelven a poner en cuestión, abriendo en su interior otros conflictos. Tal vez es precisamente éste el 'legado' más importante de la 'razón' freudiana: haber indicado que no sólo no se puede encerrar los conflictos, sino que deben ser abiertos y producidos también allí donde parecen acallarse. Pero también que los conflictos nacen de necesidades determinadas, y que por consiguiente son transformados prácticamente: que no se escapa al 'malestar', sino que en este malestar podemos y debemos actuar" (Franco Rella, "El descrédito de la razón", Aldo Gargani et al., Crisis de la razón, siglo XXI, México, 1983, p. 137). "Actuar en el malestar", una "razón del conflicto", un discurso que no se detiene en los umbrales de la especulación y que no se prohíbe a sí mismo la práctica. Franco Rella ve en Freud y en su interrogación innovadora el punto de partida de una "reconstrucción de la razón", la posibilidad de permanecer en el interior del proyecto moderno pero destronando una racionalidad de carácter instrumental y acrítica. En Freud el conflicto se vuelve esencia de la razón, expresión imposible de sortear de un caminar sobre brasas. Trabajar con los instrumentos de la razón para desfondarla, imprimirle a la consciencia un giro copernicano que deconstruya las amarras de un sujeto cuya centralidad ha sido definitivamente cuestionada. Freud violenta el fundamento del sujeto moderno y también trastorna la parsimonia de un discurso filosófico dispuesto sólo a proteger su amenazado territorio. Su empresa teórica constituye un inmenso desafío que ha servido para provocar un profundo y decisivo malestar en la filosofía. Un corte, un brusco clivaje en la marcha de la civilización occidental, una indagación que parte aguas y que le exige a la reflexión filosófica un trabajo destructor de sus propios supuestos, una revisión crítica de sus categorías centrales y, por sobre todo, el abandono de una razón confiable y constructiva. Este es un punto decisivo: destrucción de la confianza de un sujeto que de actor principal, de dueño y señor de sus acciones y pensamientos, pasa a convertirse en deudor de extrañas experiencias ancladas en un pasado que siempre retorna para quebrar la suficiencia de la razón. Pero así como Freud conmueve el saber de su época y despoja a la filosofía de algunas de sus certezas más caras, también él es deudor de las antiguas disputas filosóficas en torno de las pasiones (disputas que atraviesan de lado a lado la filosofía moderna desde Descartes), de la réplica romántica a la Ilustración, del pesimismo schopenhaueriano y de la presencia desconcertante y revitalizadora de la crítica nietzscheana. Queremos decir que el psicoanálisis también ha bebido de las aguas fuertes del debate filosófico, aunque en general siempre debamos inferir entrelíneas esas deudas freudianas. A diferencia de Lacan, que se encargó sistemáticamente de echar luz sobre sus influencias filosóficas (y que le dio al psicoanálisis una pregnancia filosófica), Freud, como buen heredero del positivismo decimonónico, siempre guardó sospechas y distanciamientos respecto de esas oscuridades "metafísicas" tan poco científicas (sin embargo nosotros las reconocemos como "fallas" de su discurso). Harold Bloom será aún más extremo al escribir que "...la especulación freudiana ha sido quizá la más influyente de nuestro siglo, aunque sólo sea porque ahora encontramos difícil recordar que el psicoanálisis, después de todo, es sólo una especulación, no una ciencia, ni una filosofía, ni siquiera una religión. Freud está más cerca de Proust que de Einstein, más cerca

incluso de Kafka que del cientificismo de Darwin" (Harold Bloom, Poesía y Creencia, Cátedra, Madrid, 1991, p. 126). Bloom contribuye al caudal de la literatura al convertir al psicoanálisis en una especulación más próxima a Proust y Kafka que a Einstein y Darwin (estos dos últimos modelos de la ciencia para el propio Freud); claro que en Bloom eso suena como un elogio, cosa que no ocurre, por ejemplo con Mario Bunge.

Bunge no se equivoca cuando declara que el psicoanálisis es enemigo de la ciencia y la razón; no se equivoca cuando dice que es pura charlatanería o, en el mejor de los casos, mala literatura, ficción absurda o telarañas metafísicas; no se equivoca porque él expresa, como exponente casi farsesco, esa misma confianza del sujeto decimonónico en su empresa de conquista universal, esa suerte de mitificación de la ciencia que ha desplazado a la religión como nueva figura hegemónica de la verdad revelada. La razón bungeana es desecho ideológico en un tiempo que ya no responde a las promesas de un progreso indefinido amparado en la potencia infinita de la ciencia. Freud, aunque no lo quiso, contribuyó a convertir en desecho aquello por lo que todavía Bunge es capaz de asumir el papel de inquisidor contemporáneo, de árbitro de lo verdadero y lo falso, juez supremo que limpia a la ciencia de la basura irracionalista.

La razón freudiana va contra la razón científica, enfrenta un dispositivo de verdad con las armas de una crítica implacable e irreductible. "...Se ha visto —señala Rella— [...] cómo Freud estuvo enteramente empeñado en confrontar el saber racional con la dimensión contradictoria de lo real. Y como, precisamente en esta confrontación, hizo surgir no ya la renuncia al saber racional en nombre de una instancia mística y totalizante sino más bien la necesidad de modificar los estatutos mismos de la razón, de superar su estructura fuertemente unitaria y homogénea para construir estrategias cognoscitivas que nos permitiesen actuar en lo real: en lenguaje freudiano, de anexar nuevas zonas al dominio del yo" (Rella, 1991, p. 158). Rella ve en el psicoanálisis freudiano una avanzada teórica capaz de aportar elementos decisivos a la hora de formular una nueva "crítica de la razón pura", y es en ese punto donde sostiene que Freud irradia sobre el pensamiento filosófico contemporáneo una luz excepcional. A diferencia de Bunge, para quien el psicoanálisis no tiene nada que decirle a la ciencia, en Rella asume la función de punto de partida crítico, de estimulante decisivo para inventar nuevos caminos del conocimiento. Juranville, siguiendo una clave lacaniana, se desentiende de esta esperanza de una nueva racionalidad; para el autor de Lacan y la filosofía, lo que "da que pensar el psicoanálisis, que es lo que más da que pensar en él, es que jamás pensaremos completamente: la presencia del no-pensamiento en lo más íntimo del pensamiento. En cierta forma el hombre jamás cesó de saberlo. Pero el discurso psicoanalítico, al enunciar lo inconsciente, lo inflige de manera irremisible, lo difunde por todos los recovecos y refugios del mundo social. Es la afirmación de lo real, lo real en aquello por lo cual tiene sentido, desfallecimiento de la verdad donde había comenzado a producirse" (Alain Juranville, Lacan y la filosofía, Nueva Visión, Buenos Aires, 1992, p. 390). Dos posiciones encontradas, dos lecturas de Freud y del psicoanálisis. La de Rella que cree entrever, a principios de los años ochenta, la oportunidad de una revisión del proyecto de la razón moderna teniendo a Freud como un momento fundamental e iluminador; y la de Juranville, que clausura esa posibilidad en beneficio, paradójicamente, del cruce de filosofía y psicoanálisis: "Hoy —escribe—, sin el psicoanálisis la filosofía sería lo que es sin aquello que la hace problemática, discurso ilusorio desprovisto de realidad; y el psicoanálisis sin filosofía se orientaría a la impostura de la 'acción'" (A. Juranville, 1992, p. 12). Mientras que para Rella el "descrédito de la razón" se circunscribe al dominio de aquella razón cientificista anuladora del conflicto como fuente de la provisionalidad de la verdad, en Juranville se trata de un imposible, de la búsqueda de un lenguaje que soporte "el habla terrible de la verdad, que soporte el habla trágica que plantea 'lo real imposible'. Lo

'horrible de la verdad', la trágica voluntad de impotencia de la razón de la verdad, es el silencio de un real degradado a desecho, a residuo" (Rella, 1983, p. 154). Lo que se borra es el conocimiento. "...Abreviemos —escribe Lacan—: nada de conocimiento, sino sólo saber, el cual sin embargo funciona solamente en cuanto es falso, en cuanto produce 'algunos errores en el discurso', en cuanto falla: el efecto de verdad depende precisamente de lo que del saber falla" (J. Lacan, Scilicet, 2/3, pp. 83-95). Dos estrategias distintas para recobrar el legado freudiano que suponen, a su vez, un debate en el interior de la filosofía contemporánea (algunos nombres resuenan en este debate: Wittgenstein, Heidegger, Adorno, Benjamin, Weber). El psicoanálisis se traslada al campo de batalla de la filosofía y deja en él su impronta. Lo quiera o no, el discurso filosófico es otro después de Freud.

Este después de Freud marca una presencia que podría ser fácilmente rastreable en las diversas tradiciones filosóficas que habitaron y habitan nuestro siglo. Ya Theodor Adorno, en su polémica con los revisionistas norteamericanos, señaló que "la mirada con que Freud penetró en la inextricabilidad de los conflictos culturales, y por ello en la dialéctica del progreso...", ha sacado a luz las oscuridades de los procesos históricos, ha permitido a la filosofía crítica mirar del otro lado apropiándose, para ello, del instrumental categorial del psicoanálisis quebrando, gracias a esa influencia, la herencia mecanicista del marxismo de principios de siglo XX. Una lectura en clave filosófico social que, junto a la más heterodoxa de W. Reich, fundó las bases de lo que se ha llamado la "izquierda psicoanalítica". Sus ecos suenan débiles y lejanos en nuestros oídos, como si el derrotero del psicoanálisis hubiera terminado por arrojar por la borda aquellos cruces ideológicos que, en algunos, implicaron la posibilidad de elaborar una nueva teoría revolucionaria (pensamos, por un lado, en Victor Serge, el revolucionario amigo de Trotsky que intentó convencer a este último de los fundamentales aportes que el pensamiento de Freud tenía para ofrecer al marxismo, y, por el otro, al Marcuse de Eros y civilización que tanto impacto generó en el movimiento estudiantil de los años sesenta).

La lista de pensadores ilustres de nuestro ajetreado siglo influidos por el psicoanálisis es larga y casi fatigosa (va desde las innovaciones epistemológicas de Gaston Bachelard, pasando por el Sartre de El ser y la nada, hasta las polémicas sesentistas en torno del estructuralismo y al Habermas de Conocimiento e interés). Freud, su obra y sus derivaciones, constituye un punto de inflexión, una cita imposible de obviar, y la filosofía (añeja depositaria de un saber interrogativo, expresión siempre renovada de un malestar en la cultura), no ha hecho sino dirigirse hacia esa cita irrenunciable. A veces lo ha hecho para liquidar el pleito y la amenaza de un saber dispuesto a meterse en dominios que siempre le han pertenecido, por derecho propio, a la filosofía (o al menos así lo creyeron y lo siguen creyendo algunos de sus cultores); otras ha buscado en el psicoanálisis un interlocutor válido, un discurso desafiante de sus propias certezas, una relación agonística capaz de quebrar las fronteras disciplinarias. Atracción y rechazo, espacios comunes y sospechas corporativas. Una relación difícil, equívoca, un flirteo mutuo (que a veces se ha convertido en rapiña disimulada) y que ha alimentado con sus tensiones tanto a la filosofía como al psicoanálisis.

En este principio de milenio poblado de oscuros nubarrones, en esta época de agotamientos múltiples, en la que se ha decretado la extinción de los llamados "grandes relatos", tanto la filosofía (y decimos filosofía en cuanto tradición crítica y no como mera sirvienta de la ciencia, un lugar al que la ha conducido la tiranía de la epistemología), como el psicoanálisis deberían recuperar sus legados y herencias, deberían arriesgarse a indagar sin complacencias sus propios supuestos y sus erráticas verdades, sin por ello renunciar a sus lenguajes fundacionales. Atreverse a permanecer, nuevamente, del lado

del malestar.